

cuando se trata de una persona que ha sido herida en la guerra, se le da el primer auxilio que se puede, y se le traslada al hospital para que sea curado.

HOSPITAL MUNICIPAL DE SAN PABLO.

Este vasto edificio, antiguo colegio de agustinos, se abrió en 23 de Agosto de 1847 para los heridos en la guerra con los americanos, y despues continuó con sesenta cámas para enfermos libres; en 7 de Octubre de 1850 se agregaron los presos enfermos, y el 12 de Agosto de 1862 se reunieron allí los lazarinos de ámbos sexos.

Á la derecha de la entrada principal se hallan el cuarto del oficial de guardia y el de la tropa. Siguiendo adelante, y á la izquierda, se encuentra una pieza destinada á la comisaria. En el centro del primer patio hay un jardin con una fuente enmedio. Los bajos que forman este patio son una sala para hombres con setenta y siete cámas, otra sala tambien para hombres, dividida como la anterior en dos piezas, con setenta y una cámas: una pieza para operaciones y guardar la ropa limpia; otra que sirve de cocina particular para las medicinas de estos departamentos; y por último, otra pieza destinada á guardar la ropa de los enfermos que se reciben. En los altos del mismo patio están una sala para mugeres con cincuenta y

cuatro cámaras, y otra con cuarenta y una para hombres; la sala de la Sociedad de Beneficencia Española con seis cámaras; la de la Francesa con ocho, una pieza pequeña para enfermos distinguidos con una cama, otra pieza para el practicante que está de guardia, y tiene dos cámaras. Además la sacristia y el oratorio de las Hermanas.

En el segundo patio se encuentra lo siguiente: el cuarto del portero; un lavadero con tres piezas; la despensa con otras tres; cocina, atoleria y otra pieza con el torno para despachar la comida; además, dos cuartos pequeños para los baños. Al norte una vivienda aislada con tres piezas y un patio.

Los altos del segundo están ocupados con el departamento de las Hermanas de la Caridad, y la habitacion de los PP. Capellanes. En el tránsito del primero al segundo patio está la botica con su laboratorio.

En las salas bajas ocupadas por los enfermos, aunque el agua no está visible, por hallarse el piso bastante elevado, se siente, sin embargo, esa atmósfera fría y húmeda, tan comun en los pisos bajos de esta ciudad. Son á pesar de eso, buenas y bien ventiladas; tal vez demasiado. Las altas lo son igualmente: en todas se nota aseo, están provistas de cámaras con lo necesario, y los enfermos parecen bien asistidos.

Para completar la descripción del edificio, sólo me

resta hacer mencion del nuevo departamento de los lazarinos. Consta de un tránsito cubierto, con diez celdas, tres ocupadas con la enfermeria de las lazariñas, y siete para enfermos distinguidos; sala de recreo para las enfermas, dos piezas para roperia y sirvientas del departamento, azotehuela y cocina. Una sala para lazarinos, con su salon de recreo, y una escalera que baja á la sacristia é iglesia. Hay además en el piso bajo seis piezas inútiles y una caballeriza. Va á dar esto á un pofrero cerrado en parte con cercas y en parte con zanjas. Enteramente aislados, y bien distantes del edificio, se ven el anfiteatro y depósito de cadáveres. Aun hay otro patio pequeño que mira al oriente, con tres piezas y una caballeriza.

Por ser reciente la traslacion de los lazarinos, por falta de fondos, ó por otra causa, la parte del edificio ocupada por ellos, no corresponde á los demás. El local es estrecho, triste y harto deteriorado; los bajos están en completo abandono, y convertidos en basurero. Baste saber que este grande edificio fué muchos años un convento deshabitado, y despues sirvió por largo tiempo de cuartel; no es, pues, necesario encarecer cuán destruido debió encontrarse. Se conoce que la parte del hospital ha exigido obras considerables para ponerlo en el estado en que se ve; pero ni aun así ha podido quitársele ese aire lúgubre y desamparado, consiguiente á su construccion primitiva y á su destino por tantos años. La parte de los lazarinos, á que no ha alcanzado todavia esa mejora, es por lo

1020005221

mismo aun más triste. Las zanjas que limitan una parte del terreno, el potrero que se incluye en él, la multitud de acequias que cruzan aquel barrio súcio, poco poblado y de malos edificios, todo contribuye á aumentar la desfavorable impresion que causa la visita á este hospital.

El número de enfermos que en él se asisten es como sigue:

Enfermos presos.	100
Ídem libres.	20
Enfermas presas.	60
Ídem libres.	7
Lazarinos.	14
Lazarinas.	12
Total.	213

El personal es el siguiente: once Hermanas de la Caridad, inclusa la superiora, que es al mismo tiempo la directora del establecimiento; dos padres capellanes; cuatro médicos directores; tres practicantes mayores; diez ídem menores; ocho sirvientes hombres; veintiocho sentenciadas y criadas; total sesenta y seis personas.



HOSPITAL DE SAN HIPÓLITO.

La fundacion de este Hospital de locos se debe al V. P. Fr. Bernardino Alvarez, fundador al mismo tiempo de la órden ó congregacion de los Hermanos de la Caridad, conocidos por los «Hipólitos.» La primera fundacion se hizo en la calle de San Bernardo, y despues se trasladó al lugar que hoy ocupa. Esto pasaba en el último tercio del siglo 16, y la iglesia de San Hipólito fué célebre y conocida hasta muy entrado el siglo actual, por el paseo del Pendon y fiesta solemne que anualmente se celebraba en ella, en memoria de la toma de México por Cortés, el 13 de Agosto de 1521, dia de San Hipólito. Desde la extincion de las religiones hospitalarias, quedó esta casa á cargo del Ayuntamiento.

Se compone el edificio de una vivienda alta para el administrador, con vista á la calle: consta de cinco piezas principales, y otra en que vive el P. Capellan. Toda la parte baja exterior, fué vendida por el gobierno hace unos veinte años.

El interior ó verdadero hospital, que es un edificio

distinto del que se ve por la calle, y sólo está contiguo á él, tiene una disposicion agradable á la vista y diversa de la ordinaria. Son tres departamentos con tres patios; y aunque una parte consta de dos pisos, á primera vista parece todo de uno solo. El primer departamento tiene los siguientes letreros que indican su destino: *Epilépticos; Eclesiásticos; Enfermería; Botica; Baños*. Son por total veintitres piezas alrededor de un patio, que tiene varias plantas de adorno y una fuente. Los epilépticos son diez, y los eclesiásticos seis; porque es de advertir que hace poco se refundió en este hospital el de la Santísima Trinidad, destinado ántes expresamente para los eclesiásticos faltos de juicio. La enfermería es sumamente pequeña, pues sólo caben en ella cuatro cámaras de hierro. De los baños no hay más que el rótulo.

El segundo departamento es un patio con portales; lo forman veinticinco celdas en alto, divididas en dos secciones, cada una con su respectiva escalera, y otras veinticinco celdas en bajo, húmedas y mal ventiladas. Dos de ellas están destinadas á la roperia, que lo es sólo en el nombre, pues todo lo que existe en ella se reduce á unos trapos viejos y un poco de lana en greña. Otras tres celdas ocupan los mozos, y quedan cuarenta y cinco para los enfermos, siendo los de este departamento los idiotas, furiosos, incurables, alborotadores, ancianos y desaseados. Sus cámaras se reducen á una tarima de madera con un petate, y ni aun eso logran todos; para cubrirse tienen cuando más

una frazada raída. Los del primer departamento están mejor alojados, pues en general tienen cámaras completas; pero porque las han traído de sus casas. En medio del patio de este segundo departamento hay una fuente mediana: al lado de ella cuatro piedras para lavaderos, y varios arriates con flores y arbustos. En esa fuente se bañan los locos, con grave detrimento de la decencia.

Por este patio se entra á la cocina y refectorio, que son dos piezas muy buenas. Junto á la cocina tiene su habitacion el cocinero.

El tercer departamento, que como los otros tiene su patio con su fuente y sus flores, se compone de veinticinco celdas divididas en secciones *Distinguidos, Convalecientes, Observacion*. Los distinguidos sólo pueden reputarse como tales, porque toman chocolate por mañana y tarde; en lo demás son tratados bajo el mismo pié que el resto de los enfermos, á pesar de que pagan una pension de 5 á 16 pesos mensuales. La suma de las pensiones llega á 63 pesos, y como son seis los distinguidos, resulta un término medio de diez pesos cuatro reales, lo que parece demasiado por solo el doble chocolate, y ciertamente que no es tal la intencion de las familias que pagan esas pensiones hasta de dieciseis pesos para que sus deudos estén mejor asistidos.

Comprende además este departamento la capilla

que realmente no es más que un altar en un dormitorio, dentro de ella misma existen cinco celdillas, una de las cuales sirve para sacristia, siendo muy de notar que en las cuatro restantes habitan y duermen enfermos; cosa no justificada por la necesidad, y que demanda un remedio inmediato. Aun hay otras dos celdas pequeñas para los mozos. Hay tambien un patio muy reducido, con una fuentecita y dos lavaderos: queda inmediata una pieza muy estrecha llamada *el descanso*, porque allí se depositan los cadáveres para que el facultativo verifique la autopsia. No llena su objeto, porque es tan pequeña que el médico prefiere salir á practicar esa operacion al patio.

La entrada y salida de los departamentos es un pasadizo cubierto, que tiene sus correspondientes tragaluces y termina en la portería.

Junto al refectorio se encuentra la entrada al jardín. Para llegar á él se atraviesa un pequeño patio donde están las hornillas para calentar el agua de los baños. El jardín fué en otro tiempo muy extenso; pero está arrendada por largo plazo la mayor parte de él. El arrendatario construyó una tapia alta, buena, y de mucha extension para separar la parte que le correspondia en su contrato, de la que dejaba á los enfermos. Esta es bien reducida, y está casi abandonada, aunque entre las obligaciones del arrendatario está la de tenerla cultivada. De todos modos, se conoce que los enfermos no se aprovechan de ella.

El número de éstos es de ochenta y cinco: hay además diez sirvientes, un médico que no reside en el establecimiento, un capellan y un administrador que disfrutan de habitacion, segun queda dicho.

Los alimentos que reciben los enfermos son el desayuno de una taza de atole y una torta de pan. Entre once y doce la comida, compuesta de caldo, sopa, carne, un principio, frijoles y una torta de pan, ú ocho tortillas; un pambazo además. De cinco y media á seis se les sirve la cena, que es un guisado de carne, frijoles, y una torta de pan ó seis tortillas.

Los vestidos de los enfermos se encuentran en un estado deplorable. Ya puede suponerse que estos desgraciados, lejos de conservarlos en buen estado, con frecuencia los ensucian y destruyen de propósito. No da la casa la ropa suficiente, y sólo están medianamente provistos los que la reciben de sus familias. De las cámaras algo he dicho, y no puede afirmarse que haya una sola en buen estado. Encontré el edificio en general aseado y aun adornado, por ser la víspera del santo patrono; pero no diré lo mismo de las personas de los locos y de sus celdas.

Los enfermos reciben los domingos la visita de sus familias, lo que es justo, salvo que el facultativo disponga lo contrario como medio de curacion; pero no parece serlo que las familias aprovechen esa franquicia para llevarles, como suelen hacerlo, comidas in-

digestas y perjudiciales á su salud. Lo propio debe decirse de las comidas extraordinarias que les da la casa el día del patrono San Hipólito y el de los Santos Inocentes. Acostumbrados durante todo el año á un alimento igual y sencillo, no podrá ménos de serles pernicioso un repentino recargo de estómago, órgano que tanta influencia tiene en el cerebro. Un sentimiento loable de caridad motiva esas comidas extraordinarias, pero á lo ménos debiera intervenir en ellas el facultativo, para impedir un mal resultado de la voracidad tan comun en los locos. A mi entender lo que se gasta en comidas extraordinarias valdria más emplearlo en una provision de cigarros para distribuirlos moderadamente durante todo el año, porque es sabido que los locos son aficionadísimos á ellos, y es lo primero que piden á las personas que van á visitarlos, de manera que cuantos van á ver el establecimiento se proveen de cigarros con anticipacion, ó el administrador cuida de dárselos, para que distribuyan entre los locos lo que para ellos es un artículo de primera necesidad.

Aun cuando el hospital de S. Hipólito esté léjos de llenar las condiciones de una verdadera casa de locos, no dudo que una administracion inteligente pudiera sacar de él mucho más partido, como lo prueba el estado del Hospital del Divino Salvador, edificio muy inferior á S. Hipólito bajo todos aspectos. Las graves faltas que en este último se notan, son remediabiles en mucha parte con sólo quererlo, porque allí

el edificio es mucho mejor que la administracion. Al exponer esas faltas, callando otras muchas y muy graves que todos aseguran se cometian allí, no es mi ánimo en manera alguna culpar al actual administrador; cuatro ó cinco dias llevaba de desempeñar su destino cuando verifiqué mi visita, y ciertamente que no podria exigírsele que en ese tiempo las hubiese remediado.

